

## Hijos del viento

Miguel Ángel Carcelén García

Primer accésit

Era septiembre, a finales, y la noche comenzaba a refrescar. El taxista me dijo que la dirección que buscaba estaba al final de la calle, al pasar el Colegio Mayor Hernán Cortés, “sin pérdida posible”, que me apease porque él no podía avanzar más.

– No te cobro el porte de maletas y así estamos en paz.

Al principio creí que el coche no continuaba debido a los tremendos socavones que plagaban la calle, pero al andar unos metros y doblar la esquina descubrí que la causa era otra. El paisaje había variado de forma brutal: la iluminación artificial dejaba paso a la luz de las hogueras, los edificios de planta normal desaparecían en favor de unas casutas semiderruidas que a duras penas podían calificarse de chabolas, las tapas del alcantarillado hacían las veces de tablas de fregar sobre barreños metálicos y las inmundicias circulaban a cielo abierto aunque canalizadas con orden, como muladares de urgencia con vocación de perennidad. Dos gitanos con trazas patriarcales tomaban el fresco sobre sillas de anea, unas cuantas mujeres tendían la colada en los cables inutilizados de la luz y la chiquillería, una legión de zarrapastrosos,

jugaba a perseguir lo que en principio creí conejos y luego resultaron ser enormes ratas.

Vi a un muchacho recostado contra una pared con la mirada perdida, la sonrisa bobalicona y la boca babeante. En aquel momento no relacioné su estado con la jeringuilla que descansaba a pocos metros de él. Un gitano de patillas bandoleras y espaldas cargadas lo apremió a marcharse. Recuerdo, como dato curioso, que olía a mi infancia, a sogato y piel custrida.

Enseguida malicié que había habido una equivocación, que el taxista me la había jugado. Yo buscaba lo que sería mi residencia en los próximos años y me habían depositado en los peores arrabales de Salamanca, sin duda. Si no me daba prisa en volver sobre mis pasos pronto vendrían a interesarse por mis maletas algunos de aquellos que, sin yo saberlo, serían mis nuevos vecinos. Cuando ya estaba dispuesto a dar media vuelta uno de los ancianos me chistó y señaló hacia el frente. En esa dirección estaba, colindante, el Colegio Hispano, en lo más alto de la Peña Celestina. Mal iluminado, algo tétrico, imponente, como un viejo castillo medieval de planta cuadrada venido a menos. La impresión que me había producido la atípica antesala del Colegio me había impedido ver aquella mole a la que acabaría tomándole mucho cariño. Saludé con un gesto al abuelo y continué caminando hacia la verja. Parecía invisible a los ojos de todos, nadie, salvo el anciano, reparaba en mí. Pronto sabría que entre los colegiales y los habitantes de la Chusma —así se conocía por aquel entonces a la parte del barrio que se bifurcaba desde el Barrio

Chino de Salamanca hasta la Peña Celestina— existía un pacto de no agresión, ellos no molestaban a los estudiantes a cambio de que estos, nosotros, hiciéramos la vista gorda ante la venta de droga. Algunos vez, incluso, los propios gitanos habían salido en defensa de los colegiales cuando eran incomodados por drogadictos desesperados por conseguir los últimos billetes con los que asegurarse un día más de dosis.

De todo esto me puso en antecedentes Emilio, el leonés que me recibió a las puertas del Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe, vulgo Colegio Hispano, al tiempo que se disculpaba por el triste aspecto que ofrecía el edificio. Todavía no se había inaugurado de forma oficial el curso y faltaba revisar el alumbrado y algunos otros detalles. Me ofreció, como compensación, conseguirme del rector una habitación contigua a la suya, en el primer piso, grande y con unas vistas inmejorables. Acepté y a las dos horas ya estaba instalado en un cuarto de no más de diez metros cuadrados con mobiliario seminarístico (la mesita de noche era un reclinatorio labrado), lavabo de posguerra en uno de sus rincones y estrecha balconada sacudida en parte por las ramas de un almendro. Sobre el escritorio había un aparato que había visto utilizar a mi abuelo hacía muchísimos años, era un transformador, necesario para servirse de los enchufes del Colegio. Así que no eran sólo los muebles los que necesitaban un pronto lavado de cara, sino la instalación eléctrica y —dos meses después lo sabría— la calefacción.

Puestos a ser sinceros mi primera impresión no pudo ser peor, y toda la noche la pasé dando vueltas a si aquel alojamiento sería el adecuado, si allí podría centrarme para sacar adelante mis estudios de doctorado en Antropología. El viento, que no paró de susurrar hasta el alba, no ayudó mucho a conciliar el sueño. Andando el tiempo sería una nana irremplazable, no en vano la letra del himno del Colegio tenía por estribillo una estrofa que comenzaba: "Colegiales del Guadalupe, amigos del viento..."

Corrían los años noventa por sus principios y yo por los principios de mis veinte años.

Antes de que sonara el despertador ya había decidido que con buenas palabras me excusaría ante el rector y le diría que no me era posible confirmar mi reserva de plaza para el curso. Tenía la dirección de una pensión de fiar regentada por albaceteños en la que podría pasar los primeros días hasta que encontrase entre los estudiantes la manera de compartir piso. Estaba decidido a hacerlo, completamente. Pero sonó el despertador, me levanté, abrí los batientes de la balconada y lo que vi hizo que me olvidara de todo. Frente a mí, a mi misma altura, a escasos doscientos metros, una cigüeña sobrevolaba el inicio del cauce del Tormes, a la altura del Puente Romano, que brillaba blanco intenso iluminado por la reverberación del sol mañanero en las aguas tranquilas del río. Y como telón de fondo del vuelo pausado de la cigüeña una estampa impresionante, la silueta definida de la Catedral enlazada con la de la Clerecía,

sede de la Universidad Pontificia, donde terminaría mi doctorado, y flanqueada por las torres de San Esteban. ¿Era aquello el madrigal de las altas torres del que hablaba Unamuno? Si no era el mismo belleza no le faltaba para serlo.

No es licencia poética ni hipérbaton de aficionado afirmar que me quedé más de un cuarto de hora disfrutando la contemplación de aquella vista. Conforme se elevaba el sol el paisaje cambiaba, según la luz incidiese en ésta o aquella fachada de piedra de Villamayor el espectáculo se tornaba distinto. Comprendí en ese mismo instante por qué Salamanca recibía el sobrenombre de Ciudad Dorada. Abrir la ventana y sumar al deleite de la visión el agrado del tañido lejano de las campanas hizo que repensara mi decisión de no permanecer en el Colegio. La noche anterior nada pude ver desde mi privilegiada balconada, pero ahora los alrededores del edificio no se mostraban tan siniestros. Y algunos estudiantes ya recorrían las calles del Barrio Chino en dirección a la Universidad con total despreocupación.

Quise imaginar cómo sería el paisaje cuando las nieves hiciesen su aparición, de qué colores se adornaría el cerro sobre el que se erigía el Hispano cuando reventase la primavera, qué languidez lo presidiría en los meses de la canícula...

Sólo por el panorama merecía la pena quedarse allí. Y eso hice.

Hoy rememoro aquel día con cariño y me asombro de lo mucho que influyó en mi vida un simple paisaje,

las muchas comodidades a las que renuncié por culpa de una ventana que me hizo aprender a amar una ciudad. El edificio carecía de las más elementales comodidades que se le suponen a un Colegio Mayor: la luz era escasa y los apagones frecuentes, las comidas frugales —supongo que en honor al Lazarillo al que muy cerca de allí habían levantado un monumento—, la calefacción una incógnita, la sala de televisión un sótano sin ventilación, el tendedero unos patios de difícil acceso, la lavandería una antigualla cuya máquina siempre estaba estropeada, la biblioteca un recibidor donde no había libros y la capilla, enorme, barroca, anacrónica, el ático remozado. Por supuesto que no había sala de ordenadores ni adelantos semejantes. Eso sí, se podían recibir llamadas, pero no hacerlas. En cada planta había un teléfono que a duras penas callaba haciendo el estudio imposible. Y pese a todo, no tardé en sentirme afortunado por haber recalado en aquel lugar.

Los compañeros eran agradables, respetuosos, castellanos, en una palabra; el ambiente era familiar (no llegábamos a setenta estudiantes) y la Pontificia, por los atajos del Barrio Chino, estaba a no más de cinco minutos, con lo que el lugar de estudio estaba garantizado. Hasta el edificio supo ganarse un hueco en mi corazón con prontitud. “Parece el castillo de Drácula”, convino conmigo otro de los nuevos inquilinos cuando lo contemplamos desde la distancia del Colegio de Fonseca. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que comenzáramos a sentirnos orgullosos de residir en él. “Éramos del Guadalupe”,

decíamos a nuestros compañeros de universidad como si aquello imprimiera carácter.

El colegio caminaba hacia su setenta cumpleaños y la piedra de Villamayor que lo sostenía ya iba evidenciándolo; en el cincuenta y uno había sido remodelado, en parte, en un proyecto que contemplaba cuatro fases y no llegó a la tercera a causa de la falta de presupuesto y de los restos arqueológicos que se encontraron en las labores de acondicionamiento del terreno. Sobre ese lugar había estado el Alcázar que Enrique IV mandara derruir para levantar un monasterio benedictino que no tuvo larga vida. A nuestro rector, don Ángel, un segoviano cabal que desayunaba leche quemada con unas gotas de limón para favorecer el tránsito, le gustaba decir que los primeros moradores de la ciudad se habían establecido en la Peña Celestina. Cierto o no el caso es que la catas arqueológicas en el Corralón de San Vicente eran continuas, lo que provocaba el malestar del gitano Churruca y su clan, quienes tenían que extremar las precauciones en la venta de droga al aumentar el personal del ayuntamiento que pululaba por allí. En La Chusma sólo vivían dos payos, viejísimos, la Gervasia y Bonifacio, impedida ella e invidente él, que se gastaban las ganancias del marido, vendedor de cupones de la ONCE, en alimentar a los cientos de canarios y periquitos que criaban en su chabola. A nuestro rector, don Ángel, también le gustaba decir que la Gervasia y Bonifacio eran la prueba irrefutable de que los primeros asentamientos humanos de la ciudad habían tenido lugar en la Peña Celestina. Al verlos, asolándose a veces a la entrada de

su casa junto al tendedero que habían de vigilar para que los drogadictos no le robasen la ropa con el fin de utilizarla de torniquete o de simple trapo para limpiar la sangre de pinchazos en venas descabezadas, me venían a la memoria las palabras de Umbral: "Nadie seca la ropa que ha tendido en Vallecas la desidia del hombre y lo mal que va el mundo." El Corralón de San Vicente, la entrada a la Peña Celestina, era el Vallecas salmantino.

Para alguien del sur como yo enfrentarme por vez primera al carácter castellano suponía todo un reto. No pocos me habían hablado de la seriedad, de la sequedad incluso de los castellanos. Mas he de decir que, salvo por muy pocas costumbres, por el acento y por algunas expresiones y palabras que sonaban extrañas a mis oídos, nada me hizo confirmar las advertencias de mis paisanos. Albarrán, babanca, galvana, humiento, jaldeta, coscas, encalcar, sietecolores, rostrizo, saragantesa, veltrón..., fueron algunas de las muchas palabras que enriquecieron mi vocabulario y que coloreaban el habla de mis nuevos convecinos. Para sentirme a gusto en Salamanca no tuve que hacer ningún esfuerzo. Sus gentes, las charras y las de provincias circundantes que allí estudiaban o trabajaban, sobre todo esto último, ciertamente eran serias, pero no en el sentido de gravedad o seriedad en el semblante y en el hablar o mirar, sino más bien en el de sinceridad. Los castellanos, como así los llamaba mi familia cuando de ellos hablábamos, eran sinceros, sin disimulo ni doblez. Tampoco puedo dejar de decir que la burla, el chascarrillo, el humor fácil no entraba dentro de sus

costumbres. Tras un apariencia fría se ocultaba un corazón noble. Quizá sea la distancia en el tiempo y en el espacio que todo lo sublima, hasta los recuerdos, la que me hace pensar que los castellanos sabían ser felices con menos de lo que en otras latitudes se necesita para poder presumir de vida holgada. Los recuerdo religiosos, pacientes, demasiado resignados, austeros, educados y orgullosos de su pasado y su tierra, aunque no lo manifestasen de forma tan aparatosa como tenemos por norma hacer los sureños. Nosotros somos prontos a lanzar vivas a nuestra región y a enarbolar las banderas de la comunidad presumiendo de tal o cual circunstancia de la que desconocemos casi todo. Allá descubrí que ellos no se echan tan fácilmente a la calle, por decirlo de algún modo, por alguna de esas circunstancias y, sin embargo, las conocen o se interesan por conocerlas vivamente.

Mis primeros meses en Salamanca fueron un continuo descubrimiento, un constante asombro ante sus rincones y ante la riqueza cultural que se me brindaba tanto por parte de las Universidades (entre la Pontificia y la Civil no existía competencia, sino complementariedad) como de iniciativas particulares. Nunca faltaba una obra de teatro a la que acudir, una conferencia de título atractivo, un cine forum, una exposición, un concierto... Y tampoco faltaba jamás un compañero con el que compartir aquellas ofertas. Aquellas y las que comenzaban los fines de semana al ponerse el sol, normalmente en El Submarino para acabar en La Abadía o El Corrillo, sanos locales de copas donde nos divertíamos sin los excesos que hoy

parecen imprescindibles para pasarlo bien. Fran, el leonés de Mansilla de las Mulas, pasaba por ser el especialista en ofertas, sabía en qué bares se servían las raciones más abundantes y en qué chupiterías la bebida era más económica y, por tanto, el calentamiento más asequible. Si queríamos tapear jeta, farinatos, pinchos morunos, jamón asado en salsa madera al más puro estilo charro sin ser tomados por turistas sólo teníamos que preguntarle. Él nos llevó a conocer las delicias gastronómicas de la ciudad en lugares asequibles a bolsillos de estudiante; las lentejas de la Armuña, la chanfaina, el hornazo, la carne morucha, los embutidos de Guijuelo suplieron a veces la obligada dieta del Colegio. Gracias también a él, hijo y nieto de minero, conocí el drama de las cuencas leonesas. En su habitación solíamos juntarnos un grupo variable a tomar algo parecido al café y a hablar de lo humano y lo divino en conciliábulos que a veces se alargaban hasta bien entrada la madrugada. David, único vasco del Hispano —exceptuando a don José Ignacio Tellechea, catedrático de Historia especialista en el obispo Carranza— mostraba una curiosidad acerca de todo lo castellano rayana a la obsesión. No había pregunta que no se le ocurriese, en cambio, cuando le tocaba hablar sobre su tierra se volvía hermético, máxime si el tema que se trataba era el del terrorismo.

De Custodio aprendí el recto acento que se gastaban por Valladolid, que no siempre me parecía tan agradable de oír como el salmantino, aunque jamás me atreviese a decírselo. Por Santi supe de la belleza serena y callada de Soria. Me invitó varios

finés de semana a pasarlos en su casa y quedé prendado de una tierra que no se hace de notar mereciéndolo. Si alguna vez las condiciones me lo permitieran, pensaba entonces y sigo pensándolo, me iría a vivir a Soria. Con Carmelo formé parte del equipo de ajedrez de la Facultad y viajamos con frecuencia a Ávila, Palencia y Zamora a disputar los torneos regionales, con no mucha fortuna, todo hay que decirlo. Pero esas excursiones de fines de semana fueron la excusa perfecta para terminar de conocer, siquiera someramente, la riqueza de Castilla-León.

Quiso el destino, que es el nombre laico de la providencia, que la única región que permanecía desconocida para mí, Burgos, terminara ocupando un lugar muy importante en mi vida. Porque Paloma era burgalesa.

Me había fijado en ella en las clases opcionales de alemán, se sentaba en la primera fila, era menuda, seria y muy inteligente; siempre respondía a las preguntas de la profesora con una desenvoltura que asustaba, como si el alemán fuese su segunda lengua, a pesar de haber confesado que no llevaba más de dos años estudiándolo. Cursaba tercero de periodismo, pertenecía al equipo de redacción del periódico de la Pontificia y a veces aparecía algún artículo suyo referido al mundo universitario en *El Adelanto*. Digo que me había fijado en ella en clase, no porque su belleza fuese extraordinaria, sino porque las chicas estaban en franca minoría en el aula. Mi interés por ella no pasaba de ser discreta curiosidad, nada más. Por eso no sabría explicar por qué la seguí una tarde

de febrero, no muy fría para lo que por aquel invierno se estilaba, cuando la vi cruzar la calle de La Rúa en dirección hacia la catedral. A esas horas la calle Compañía, a la altura de la Casa de las Conchas, era una marea humana de estudiantes que comenzaban o terminaban sus clases y se disponían a encontrar hueco en las bibliotecas. En la Plaza de la Catedral Nueva la perdí, había disminuido el número de viandantes y para no ser descubierto había dejado demasiada distancia entre ambos. Mi sorpresa vino al escuchar que me llamaban por atrás. Era ella. No supe en qué momento la había adelantado. Meses más tarde me confesaría que no había sido yo el que comenzara a seguirla, sino que ella se había dejado seguir haciéndose la enconradiza. Por eso en las notas que comenzó a dejarme bajo la carpetta el encabezamiento siempre era el mismo: "Para el cazador cazado."

Me preguntó si tenía algo que hacer y cuando pensé que me iba a proponer que tomásemos un café en El Alcaraván me dijo que la siguiera. Nos unimos a un grupo numeroso de turistas que escuchaban en alemán las explicaciones de un guía no muy ducho en historia salmantina, según nuestro poco conocimiento del idioma nos permitió cotejar. Así comenzamos y en menos de dos semanas ya éramos novios formales. Quedábamos siempre en la Plaza Mayor. A menudo actuaba algún músico callejero, algún grupo de modernos titiriteros; siempre nos encontrábamos con compañeros con los que dábamos vueltas al cuadrado comentando las últimas habladurías universitarias al tiempo que seguíamos a los cada vez menos salmantinos que presumían de capa charra. Paloma vivía en

un piso de estudiantes en el que habían convenido no permitir visitas masculinas; en el Hispano tampoco estaban permitidas las visitas femeninas no tratándose de familiares directos, por lo que la única vez que me atreví a pedirle que fuera para que compartiese conmigo la maravilla que se veía desde mi ventana lo hice maquinando que si el rector se enteraba le diría que se trataba de mi hermana. Paloma también se enamoró de aquel panorama. Era lo único que podía ofrecerle a cambio de las muchas maravillas que me estaba descubriendo en Salamanca.

En junio, para despejarnos un tanto de la inminencia de los exámenes, me llevó a conocer la Cueva de Salamanca, mejor dicho, a la casa que se suponía guardaba su entrada y en la que antiguamente había una carbonería. Sólo vi un piso particular muy cerca de la Catedral, del Seminario de Carvajal y de la Torre de Villena. En aquella cueva el diablo había dado lecciones a siete aprendices, a cambio del alma de uno de ellos, que resultó ser, por sorteo, Enrique de Villena. Éste, a última hora, convenció al Maestro Negro (así se expresaba Paloma) para sortear de nuevo, momento que aprovechó para huir, perdiendo su sombra. Ella disfrutaba intentando atemorizarme con aquellos cuentos, y he de decir que en aquel momento, dada la soledad del lugar, lo avanzado de la hora y la poca iluminación, casi lo consiguió. No faltó en sus enseñanzas la leyenda del abad don Juan de Montemayor, ni la de los estudiantes y el alma en pena, hasta cuya ubicación paseamos, al lado de la Plaza de Anaya.

Con más celeridad de la que habría sido nuestro gusto llegó el verano y el periodo vacacional. Los estudios habían salido a flote y tocaba decir adiós. Ni por asomo habría sospechado que volver a mi tierra me costaría tanto trabajo. Paloma marchaba unas horas antes que yo a Burgos y la despedí en la estación de autobuses, quizás el sitio más frío y feo de toda Salamanca. En apenas un mes nos volveríamos a ver; habíamos quedado en formalizar nuestras respectivas matrículas el mismo día, de modo que coincidiríamos de nuevo en agosto. Esa noche la pasaríamos en mi habitación, pues el rector se ausentaba durante el verano del Hispano y quedaba al cargo mi permisivo amigo Emilio, quien se ocupaba de gestionar el Colegio como una especie de pensión de verano para estudiantes extranjeros.

Mientras aguardaba la llegada de mi autobús decidí que Salamanca seguía siendo preciosa aun sin la compañía de Paloma. Ella me había prometido seguir descubriéndome la ciudad el próximo curso. “Nos queda mucho por ver, Salamanca no se agota en un solo año”, fueron sus palabras textuales.

Pero no cumplió su promesa.

Ya no la volví a ver más.

El siguiente curso aprendí, en soledad, a querer todavía más a aquella ciudad que me había descubierto el amor, y sostuve que seguía siendo un lugar maravilloso aunque estuviese solo.

Hice más amigos, me doctoré en Antropología y con pena inmensa me despedí de todo aquello que en

apenas tres años había logrado hacerse un hueco importante en mi corazón.

Y no regresé hasta el año pasado. Oportunidades no me habían faltado, pero siempre me echaba atrás por temor a reabrir una herida que no sabía si estaba enteramente cicatrizada. El verano pasado visité Salamanca con mi mujer y mi hija. Y no pudieron entender que se me escaparan las lágrimas. Le pedí al taxista que nos condujera al Colegio Hispano, quería rememorar aquella entrañable noche de mi primera arribada a la ciudad. Y cavilé que el taxista me la quería jugar dando un rodeo inmenso para aumentar sus beneficios, porque de sobra sabía yo el camino y no iba por la dirección adecuada. Cuando ya mi paciencia se había acabado y se lo iba a recriminar detuvo el coche y anunció: “Hemos llegado”. Había parado frente a la fachada de un moderno edificio en la zona de las nuevas facultades en la que podía leerse “Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe.”

En la Peña Celestina ya no hay rastro de mi pasado, en el año dos mil tres derribaron el Guadalupe, en su lugar hay un parque arqueológico. La Chusma ha desaparecido, el Barrio Chino también. ¿Qué habrá sido de Churruca, de Gervasia y Bonifacio?, ¿qué de sus pájaros?

La zona está desconocida, el Palacio de Congresos y Exposiciones preside un barrio nuevo, moderno, limpio, bonito, distinto, sin encanto. ¿Cómo decirlo? A mí me gustaba mucho más el viejo, con sus gitanos harapientos y sus drogadictos inofensivos, con sus



prostitutas ajadas y la mole del Hispano vigilando el vuelo tranquilo de las cigüeñas. Salamanca es otra ciudad, sin duda. Así es el progreso, que proporciona comodidades restando encanto. No me reconocí en aquellas calles.

A Pilar, mi mujer, le encantó (comentario nada baladí, toda vez que ella es toledana y sabe de ciudades monumentales), y eso que no visitamos ni la centésima parte de los rincones que merecen la pena ser conocidos.

— Es una ciudad increíble, preciosa —sentenció.

— Es una ciudad que sigue siendo preciosa —dije yo cuando vi que había crecido el corazón que grabé años atrás en el tilo gigante del Parque de la Alamedilla custodiado por las iniciales P y M y la fecha.

Quizás este año me anime y vuelva a Burgos, pero sin mis mujeres. Nunca he reunido el ánimo suficiente para visitar la tumba de Paloma, muerta en accidente de tráfico aquel verano.

No sé si sus padres viven todavía. Si los puedo localizar les entregaré mi último libro publicado, *No me esperes, corazón*, dedicado a Paloma. De lo contrario lo dejaré junto a su lápida.